

La ecología de América según Cieza de León

Francisco Enríquez Solano

I. Introducción

El arribo de los españoles al Nuevo Mundo, a partir de finales del siglo XV, constituye uno de los acontecimientos histórico – políticos más relevantes de la segunda mitad del milenio.

Tanto para quienes venían allende el Atlántico como para los diversos pueblos que, de pronto, se encontraron con los forasteros, esta toma de contacto implicó enfrentarse a situaciones novedosas e inmiscuirse en un intercambio cultural –por supuesto, nadie lo pidió– cuyas repercusiones se hicieron sentir en unos y otros.

Los cronistas que acompañaron a los conquistadores españoles en su marcha por el continente fueron copartícipes y testigos de esa empresa. De allí que sus escritos nos permiten acercarnos un poco a lo que ocurrió en aquellos momentos. Sin embargo, como analizaremos más adelante, esta fuente debe ser tratada con la debida distancia y cautela.

En el presente trabajo bibliográfico tomamos la obra de Pedro Cieza de León, *Crónica del Perú*, en la cual el autor relata sus impresiones, expone sus puntos de vista, describe y prejuzga los hechos que acompañan la llegada de Francisco Pizarro y sus huestes a los dominios de los que entonces era el imperio de los incas¹.

Abarca un periodo que empieza en 1523, con los primeros preparativos de Pizarro, en Panamá, hasta la caída de Cuzco –en

¹ Sobre la cuestión general, J. H. Ellioth, *El Viejo Mundo y el Nuevo Mundo 1492 – 1650*, Madrid, Alianza Editorial, 1964; Miguel León Portilla, *El reverso de la conquista*, 15ª impresión, México D. F., Editorial Joaquín Mortiz S. A., 1987.

1541-. Mayormente, los relatos del cronista refieren a sucesos ocurridos en la parte sur de Colombia, Ecuador y Perú.

Conocer le llegada de los españoles a territorios ignotos, desde la pluma de un protagonista; percibir la carga ideológica que este le imprime, aprehender las limitaciones que un europeo enfrentaba ante una realidad que se abría a su paso y extraer conclusiones sobre lo que representó la empresa para conquistadores y conquistados, es el objetivo de nuestra investigación. Sin embargo. Y en aras de delimitar aún más el objeto de estudio, centramos nuestra atención en la visión de la ecología de América que percibió el cronista.

II. Quién era Cieza de León

Pedro Cieza de León nació en 1520 en Extremadura, al sur de España. Desde muy temprana edad -12 años- participó con Francisco Pizarro en las tareas de conquista en Suramérica. Su talento y curiosidad le llevaron a escribir las experiencias vividas en dichas campañas. Las reseñó en escritos recogidos en tres tomos de la *Crónica del Perú*.

Redactó la segunda parte de esta obra entre 1538 y 1550, en un periodo convulso debido a la rebelión de Gonzalo Pizarro. En 1549 recorrió todo el territorio andino. En su trabajo de recopilación contó con el respaldo fuerte del gobernante Lagasca, quien le facilita recursos para la búsqueda de información por parte de los funcionarios administrativos del virreinato. En ese mismo año lo nombra Cronista de Indias.

Sus apreciaciones sobre los indígenas tuvieron una fuerte influencia. Lagasca, quien se preocupó por el régimen de encomiendas y los violentos tratos que los encomenderos daban a los aborígenes. Ello se nota en sus anotaciones sobre el carácter pacífico y apacible de los indios.

En 1554 publicó, en Sevilla, la primera parte de su obra, que apareció con el nombre (que él no le puso) de *Señorío de los Incas*.

Las dos partes restantes permanecieron inéditas, a pesar de haber trabajado en ellas intensamente.

Falleció en ese año —en aquella ciudad andaluza— y en su testamento se dirigió al Obispo de Chiapas para solicitarle que publicara el resto de sus crónicas. No obstante, en ese momento existía una fuerte censura por parte del Consejo de Indias, lo cual retardó la aparición de los dos tomos pendientes. Es su hermano Rodrigo de Cieza quien solicita al rey Felipe II la devolución de los escritos para darlos a conocer, lo que fue posible en el siglo XVII.

III. Conquistador y vencido

Crónica del Perú, que Pedro Cieza de León escribió en tres tomos, es un intenso trabajo de descripción de la cultura incaica, vista desde la óptica de un recién llegado y con el apoyo de testimonio de terceros.

La presencia del autor en la empresa de conquista encabezada por Pizarro permite “escuchar” de primera mano el impacto que representa para los españoles ir descubriendo tierras, ambiente y pueblos que les son desconocidos. Desde este punto de vista, el aporte de sus escritos resulta interesantísimo y muy valioso.

Empero, esto no puede llevarnos a dar un cheque en blanco a la fuente. En primer término, por cuanto todas las fuentes deben ser sometidas a un fuerte “interrogatorio”, a la crítica histórica, que permita descubrir la fiabilidad, sus limitaciones y los alcances de su verdad.

En el caso de los escritos de Cieza no puede pasarse por alto que son el producto de las impresiones y conclusiones de un español del siglo XVI, por lo que su obra está impregnada de valores y prejuicios de quien se someta a un Nuevo Mundo con ojos y cultura eurocentristas. Es la visión de quien toma parte en una cruzada de conquista que se justifica y legitima como labor “civilizadora” y “evangelizadora”.

Aparte de este marco ideológico que ya de por sí define y encuadra el relato de Cieza de León, hay que tomar en cuenta otro condicionamiento: las dificultades que enfrentaron los españoles para describir lo que percibían (problemas para nombrar la flora, la fauna y las manifestaciones culturales) y, con mucho más razón, para comprender.

“...Mas lo que vemos y entendemos es que el demonio tuvo poder grandísimo sobre estas jentes, permitiéndolo Dios; y en estos lugares se hazían sacrificios vanos jentílicos, por donde yo creo que hasta nuestro tienpos la palabra sacro Evangelio no fue vista ni oyda...”².

Todo aquello que no se adaptaba a los patrones de comportamiento europeo es enjuiciado por el cronista como diabólico, por lo cual justifica la profanación de los templos incas,

“...en los cuales vernos ya del todo profanados sus tenplos y por todas partes la Cruz gloriosa puesta”³.

La estrecha relación y dependencia de Cieza de León con la conquista se pone de manifiesto también cuando presenta a esa como una labor positivamente transformadora y beneficiosa para las poblaciones autóctonas.

Otro elemento que pone de manifiesto la parcialidad de su obra y sus limitaciones es el hecho de que buena parte de la información es obtenida de la tradición oral, sobre todo cuando se refiere a situaciones en las que el autor no ha sido testigo. Cieza se vale de los testimonios de algún noble u “orejón” —como él lo llamaba—, por lo que la crónica se impregna de versiones de segunda mano, por lo cual es válido cuestionarlas y verlas con cuidado.

² Pedro Cieza de León, *Crónica del Perú* (Segunda parte) Segunda edición, Lima, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú. 1989, p. 10.

³ Ibid.

Si bien la fuente oral de un perfil de valores, racionalización, estereotipos sociales, pensamientos y de la misma concepción del tiempo, su uso requiere una actitud crítica, lo cual no era tomado en cuenta por los cronistas del siglo XVI.

En sus apreciaciones, Cieza de León no escapa a caer en sus propias contradicciones. Es frecuente que exprese su admiración por el desarrollo del imperio incaico, aunque por otra parte condene con dureza sus aspectos religiosos y culturales, y justifique la arremetida de los españoles. Tampoco niega el sufrimiento y los daños inflingidos a los indígenas.

“Pero dexemos que lo que se a hecho a Dios, quel save por qué; y en lo que de aquí adelante se hiziere, supliquémosle nos de su gracia para que paguemos en algo a jentes que tanto devemos y que tan poco nos ofendió para aver sido tan molestados de nosotros, estando el Perú y las demás Yndias tantas leguas de España y tantos mares en medio”⁴.

Pese a las limitaciones apuntadas, es justo destacar que el cronista también recoge las percepciones de los indios sobre el encuentro con los españoles.

“Yo me acuerdo aver visto por mis ojos a yndios viejos, estando a vista del Cuzco, mirar la çibdad y aiçar un alarido grande, el cual se le convertía en lágrimas salidas de tristeza contemplando el tiempo presente y acordándose del pasado, donde en aquella çibdad por tanto tiempo tuvieron señores de sus naturales; que supieron atraellos a su servicio y amistad de otra manera que los españoles”⁵.

⁴ Op. cit., p. 76.

⁵ Op. cit., p. XLIII.

IV. La ecología de América

a) El indígena y el medio ambiente

En las crónicas de Cieza de León, sobre todo en lo que respecta a sus descripciones sobre los mitos que dieron origen a la cultura de los incas, se destaca cómo esta y su cosmovisión dependían de una estrecha relación con la naturaleza.

Los problemas que se presentaban en el proceso cotidiano de la producción podían ser resueltos satisfactoriamente por el hombre, pero otros no, como los relacionados con los fenómenos de la naturaleza, que los Incas atribuían a seres o espíritus sobrenaturales. Este ligamen desarrolló en ellos un sentido de armonía e integración con todo su medio, del cual formaban parte.

El cronista resalta la importancia del Sol y explica, por medio del mito, el porqué este adquiere carácter de deidad para los Incas. Para ellos, el astro era el inicio de todo, la luz; antes del Sol reinó la oscuridad. Con su aparición, nació más vida.

“...Tenía gran poder que de los serros hacía llanuras y de las llanuras sierras grandes, haciendo fuentes en piedras vivas”⁶.

Este fragmento nos da una idea de la geografía imperante en buena parte del territorio que abarcaba el imperio incaico: serranías, valles, altiplanos, etc. Resulta de particular importancia el hecho de que el autor recoge el papel estratégico que jugaban las piedras para los Incas; eran usadas casi para todo: canales, caminos, construcción de templos, para hacer armas, etc.

Por encima de los hombres y su ambiente estaba el gran hacedor de todo, *Tisiviracocha*, padre del Sol. En su concepción religiosa también descollaba el dios *Viracocha*, hijo del Sol, a quien describían como un hombre barbado, canoso. Este perfil contribuyó, inicialmente, a que los indígenas identificaran a los españoles con su

⁶ Op. cit., p. 8.

deidad, mas no pasó mucho tiempo para que se percataran del error al presenciar la conducta de los extranjeros con sus mujeres y el irrespeto a sus costumbres y templos. Por eso, luego los denominan *sopais* (diablo).

En la religiosidad incaica estaba presente la noción de inmortalidad, el tributo a los antepasados y el culto al Sol, el cual era adorado en las sierras, en los árboles, en las piedras y a través de otras manifestaciones de la naturaleza. Al igual que lo hicieron los españoles en América, la expansión incaica va de la mano con su religión, usada como instrumento ideológico para legitimarla.

A través de su obra, el autor enfatiza en la riqueza natural de Perú. Diversas especies como el ganado doméstico y cimarrón, carneros, pacos, urcos, llamas y guanacos, cuya supervivencia era posible gracias a la variedad de pastos.

Asimismo, pone de relieve el celo de los Incas por proteger los recursos. Por ejemplo, había leyes que penaban la matanza de las hembras de una especie y estaban delimitadas las temporadas en que era posible matar y comer determinados animales. Así se procuraba mantener una producción constante, sobre todo de los camélidos, vitales para el transporte y por su producción de lana. Es decir, existía un equilibrio entre las necesidades de subsistencia y la conservación para garantizar los primero.

La caza no estaba exenta de rituales, como ocurría con el ganso montesino, en la cual participaban todos los miembros de la aldea, quienes formaban un cerco alrededor de los hatos. Un grupo de indígenas, con ruidos y gritos los acosaban mientras otros se encargaban de la captura y la matanza. Estas actividades duraban varios días.

Pero así como existía conciencia entre los Incas sobre la importancia de preservar el medio ambiente, también fueron capaces de manipular este con fines estratégicos, como arma para someter a quienes se resistían a su expansión, resalta Cieza.

La resistencia de un pueblo podía ser doblegada con la interrupción de los suministros de agua, por ejemplo. No obstante, si las poblaciones conquistadas requerían de alimentos o telas, la elite gobernante incaica les proveía ayuda y les transmitía conocimientos técnicos sobre sistemas de riego, uso óptimo del suelo y otras destrezas para un mejor desempeño.

El autor destaca la admiración que tal conducta despertó entre los españoles:

“Una de las cosas de que más se tiene envidia estos señores es entender qué bien supieron conquistar tan grandes tierras y ponellas, con su prudencia, en tanta razón como los españoles las hallaron quanto por ellos fue descubierto este reyno”⁷.

Los indígenas estaban obligados a pagar tributos al Estado incaico, por lo cual cierta cantidad de ellos debía trabajar en las sierras en la siembra de maíz, hojas de coca, frutas, raíces, etc. A estos grupos se les llamaba *mitimaes* y su existencia era generalizada a lo largo de todo el imperio. Los tributos debían ser pagados en productos agrícolas como maíz, quinua, frutas, raíces, textiles y otros, dependiendo de la riqueza existente en cada población.

Los incas tenían un sentido del trabajo intensivo, pero no agotador. Planificaban los periodos de cosechas, guardando en las bodegas los excedentes para afrontar momentos difíciles. Además, existía el concepto de solidaridad social para con los ancianos, viudas y enfermos, a quienes se les suministraba lo que necesitaban.

Otro aspecto que Cieza de León destaca es el gran conocimiento astronómico que permitía a los incas establecer un calendario de las épocas más importantes del año, tanto para organizar la producción como para programar sus actividades religiosas. Para observar los fenómenos celestiales, como las fases de la Luna, erigieron torres en los collados que circundaban Cuzco.

⁷ Ob. cit., p. 45.

b) Ecología del contacto

Prácticamente poco desde que los españoles descubrieron lo que llamaron el Mar del Sur (Océano Pacífico), en 1513, y fundaron la ciudad de Panamá, comenzaron a tener conocimiento de versiones sobre un gran territorio rico en oro y otros metales preciosos.

No debe sorprender que ya en 1524, los capitanes Francisco Pizarro y Diego de Almagro, con el apoyo del clérigo Hernando de Luque, comenzaron a organizar las primeras expediciones hacia el sur en pos del ansiado tesoro.

Sin que aquellos lo sospechasen, casi simultáneamente una pugna por el poder entre Atahualpa y Huáscar sacudía al imperio de los incas y jugaría un papel determinante en la pronta y cercana caída en manos de los invasores españoles.

Estos, afrontando penurias, fueron avanzando poco a poco hacia el sur, sur, bordeando las costas de lo que hoy es Colombia, Ecuador y Perú. El 13 de mayo de 1532, Almagro y Pizarro desembarcaron en Tumbes (norte peruano). Para entonces tenían noticias del enfrentamiento entre Huáscar y Atahualpa, así como una mejor noción de la potencial riqueza del territorio incaico.

Entre el sur de Colombia y el norte peruano, los españoles deberán enfrentarse a un medio ambiente que les resultaba hostil, por sus condiciones tropicales: lluvias abundantes, selvas tupidas, mosquitos abundantes, ríos caudalosos, calor sofocante, etc.

Analicemos el relato de Pedro Cieza de León:

“No dexaron de caminar los españoles pasando más trabajo que antes por los muchos mosquitos que avia [...] Es plaga contajiosa la destos mosquitos; moríanse cada día españoles dello y de otras enfermedades que les recreçían”⁸.

⁸ Pedro Cieza de León, *Crónica del Perú* (III parte), 2ª edición, Lima, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, 1989, p. 39.

Sin embargo, en su recorrido no solamente penurias hallaban los conquistadores. El cronista relata frecuentemente la abundancia del maíz, las propiedades alimenticias de este; el suministro de sal, yerbas y bebidas usadas por los indios. Y, a fuerza de necesidad, los españoles se vieron forzados a ir aceptando estos productos en su dieta, según cuenta el propio cronista.

Es constante en su relación de hechos el serio desafío que planteaba a los españoles el clima tropical, y luego, el de las montañas y desiertos peruanos, consecuencia de lo cual son muchos los que caen víctimas.

Los intensos aguaceros, las tormentas, los mosquitos, la espesa selva y la ausencia de población lleva a Cieza a describir la isla de La Gorgona (sur de Colombia) con una apariencia infernal, si bien allí los expedicionarios pudieron encontrar grandes ceibas, peces y “guadaquinajes”, que compara con liebres de mayor tamaño y cuya carne tiene buen sabor.

Es notoria, como ya se dijo anteriormente, la dificultad que encuentra el cronista para denominar la flora y la fauna que va observando en virtud de lo novedosas que estas le resultan. En La Gorgona hace referencia a:

“...una fruta que tenía el parecer casi a castaña, tan provechosa para purgar [...], culebras monstruosas de grandes [...] gaticos pintados...”⁹.

Además, en sus descripciones impera lo general, por lo que se nota una ausencia de detalles en cuanto a la fauna y la flora. Por ejemplo, en lo tocante a los insectos hay repetidas referencias a los mosquitos, pero el autor no menciona otros. Es como si no existiesen más variedades. Igual sucede cuando se refiere a los peces.

⁹ Op. cit., p. 50.

A lo largo y ancho del territorio del imperio incaico, los españoles van a ser testigos de una amplísima y variada riqueza alimentaria:

“...El maíz, la patata —con no menos de 240 variedades conocidas—, los frijoles, porotos y pallares, la quinua, la quinua, la yuca, el camote, cacahuate, piña, chirimoya, guanábana, zapote, calabaza, tomate, pimienta, ulluco, etc.”¹⁰.

A ello hay que agregar plantas que eran cultivadas con otros fines: algodón, coca, tabaco, cacao, maguey, achiote, etc.

En el Tomo I de su *Crónica de Perú*, Cieza hace un repaso por diversas zonas del territorio incaico. En la región comprendida entre Antioquia y Pasto (Colombia), habla de espesas arboledas y grandes manadas de puercos; señala la presencia de dantas, osos, tigres, tigres, monos, iguanas y serpientes de gran tamaño, así como de grandes lagartos y manatíes.

Las aves tampoco están ausentes en su obra: pavos, faisanes, papagayos, guacamayas, águilas, perdices, palomas, aves nocturnas y de rapiña. En esta zona le impresionaron los árboles de pejibaye y su fruto; guabas, aguacates, guayabas y piñas. También cítricos como limones, limas, naranjos; granadillas, plátanos y piñas.

Más al sur, en lo que la actualidad es territorio ecuatoriano, Pedro de Cieza de León afirma que Los Andes son montañas imposibles de poblar debido a los vientos y nieves, excepto en los pliegues de la cordillera donde se han formado profundos valles abrigados de las mayores inclemencias.

Advierte sobre algunas especies que ya citó, aunque los cóndores y gallinazas son observados por el autor en la zona andina. Le llaman la atención la presencia de plantas como la canela y la zarzaparrilla, así como los higuerales.

¹⁰ Alcina Franch, José y Palop Martínez, Josefina, *Los incas, el reino del Sol*, Madrid, Ediciones Anaya, p. 109.

El arribo de los españoles a las costas de Túmbez permitió a estos presenciar la gran riqueza natural del territorio y observar abundancia de piezas de oro y plata que, como es fácil imaginar, despertaron la codicia de aquellos.

Asimismo, esta primera toma de contacto con lo que hoy es Perú asombró a los forasteros, quienes se maravillaron por la infraestructura que hallaron: acequias, sementeras, frutas y "ovejas"¹¹.

También ese primer contacto fue motivo de sorpresa para los indígenas ante la presencia tanto de hombres con un fenotipo muy distinto, como de caballos, cerdos, gallinas y gallos. Incluso, narra el cronista, observar a un negro que viajaba entre los europeos fue motivo de curiosidad e intriga.

Pero si lo que unos y otros veían causaban esas reacciones, al menos nadie ponía en duda la certeza de lo que estaba presenciando. No ocurría lo mismo ante versiones dadas por los indios, vistos con desconfianza por los españoles. Así, cuando Pizarro pide informes sobre la ruta para seguir hacia el centro y sur de Perú, no da crédito a la descripción que le dan:

"Por los llanos avía grandes arenales con falta de yerba para los cavallos e de agua y que por las sierras avía riscos de peña biva e montones de nieve..."¹².

En ese primer contacto de los españoles con el territorio incaico, los fenómenos naturales sorprenden a los recién llegados. Resulta interesante la descripción que Cieza de León hace de una erupción volcánica que presenciaron en lo que hoy es Ecuador:

"E çusedió que cuando los españoles estaban en Riobanba, este bolcán o boca de fuego rebentó con gran ruydo que hizo,

¹¹ Así denomina Cieza a los camélidos suramericanos.

¹² Cieza de León, op. cit., p. 109.

echando de sí tan grande pedrería, ques admiración afirmarlo"¹³.

En cuanto a la minería, a lo largo de sus viajes Cieza de León parece impregnar se fantasía sus descripciones sobre el abundante oro y plata que se encontraba en los ríos y montañas.

Al hablar de los yacimientos del cerro de Potosí, en el Alto Perú (Bolivia) pasa por alto las condiciones infrahumanas en que eran forzados a trabajar los indígenas (mitayos) e inclusive afirma que estos reciben salario, lo cual no era cierto.

Sobre las técnicas usadas en la minería, el cronista refiere las dificultades que hicieron inútiles los fuelles, pero sí resalta la utilización de hornos de barro con agujeros (huyras) en los cuales se ponía carbón y, encima, el metal. Con la fuerza del viento era posible alimentar los hornos y así extraer la plata.

V. Conclusiones

La lectura de la *Crónica del Perú*, de Pedro Cieza de León, fue un ejercicio académico que nos permitió llagar a las siguientes conclusiones:

- La presencia, entre los conquistadores, de gente interesada por registrar los hechos que estaban presenciando, viviendo, constituye una valiosa fuente de información que permite tener una noción aproximada de lo que fue la empresa de conquista de América.
- Esos escritos también arrojan luz sobre aspectos que van más allá de lo militar, político y económico. Contribuyen a dar una idea del entono ambiental, del paisaje, de los sentimientos de los protagonistas y a recrear algunos aspectos de la vida cotidiana y de las concepciones mentales de quienes participaron en la conquista.

¹³ Op. cit., p. 193.

- No obstante, el lector no debe perder nunca de vista el carácter decididamente partidario del cronista, en tanto este es participante de la tarea conquistadora y parte interesada.

- Aun cuando no estuviera directamente involucrado en esa, la lectura de las crónicas deben hacerse cuidadosamente, teniendo en cuenta los condicionamientos históricos, sociales, económicos, políticos, culturales y religiosos que afectaban a un hombre del siglo XVI.

- De la misma manera, la capacidad del cronista se ve afectada por el impacto del encuentro con una realidad que va a empezar a descubrir, lo cual a lo largo de la obra de Cieza es fácil notar.

- Aun con las limitaciones apuntadas, para un estudiante de Historia es muy enriquecedor asomarse a las páginas de textos producidos al calor de acontecimientos polémicos y que, como en el caso de la *Crónica del Perú*, hasta lo pone en contacto con el castellano del siglo XVI.